

PINI.—Otro ejemplo reciente de criminal nato anarquista, lo encontramos en Pini.

De treinta y siete años, es uno de los jefes de los anarquistas de París, hermano de una loca, tiene poca barba, frente huida, exageradísimo arco superciliar, mandíbulas enormes y orejas muy largas.

No tan sólo se jactaba de ser anarquista, sino de haber cometido robos (por más de 300,000 liras) para vengar á los oprimidos contra los ricos, contra la burguesía, y llamaba á sus robos una *expropiación legítima á favor de los no propietarios*, teniendo un numeroso séquito de admiradores; en complicidad con Parmigiani, intentó cometer dos asesinatos; uno contra el anarquista Ceretti, por sospechar que había delatado sus robos, que causaban horror á todos los anarquistas honrados, y otro contra Prampolini, uno de nuestros políticos más leales y sinceros, y que le había favorecido en distintas ocasiones, impulsado en su tentativa tan sólo por la idea de venganza, sugerida por una discusión sobre la teoría del anarquismo que con él había tenido.

LA CRIMINALIDAD Y LA POLÍTICA.—La historia ofrece numerosos ejemplos de casos en que la criminalidad y la política se dan la mano, y en que tan pronto predomina ésta sobre aquella, tan pronto aquella sobre ésta.

Mientras Pompeyo tiene con él á todos los hombres honrados, como Catón, Bruto, Cicerón, etc.; César, de más talento, mucho más genial, no tiene sino malvados entre sus partida-

primer núcleo imperceptible la inquietud maravillosa que sólo terminará con la muerte".... —“En este pantano de átomos—añade—estamos nosotros: allí están ya dormidas nuestras pasiones: en esta cubierta blanca están escritos los caracteres indescifrables, los vínculos y la herencia que nos unen á nuestra familia y las generaciones pasadas. Como del granito, apenas visible, que está en medio de una bellota saldrá una encina majestuosa que dominará el bosque, así de este montón indistinto de células se formará un sér que representará en su microcosmo toda la historia del género humano, con sus sustos, con sus enfermedades, con sus instintos, con sus afectos, con sus odios, con sus vilezas y con sus grandiosidades. La terrible leyenda de las maldiciones que contaminaban la inocencia de los hijos aun no nacidos, las bendiciones que se lanzaban en el porvenir para que fecundasen á la generación futura, no son una fábula privada de sentido. El destino lega á cada uno de nosotros una herencia fatal.”

rios: Antonio, un obsceno y un borracho; Curión, un quebrado; Clelio, un loco; Dolabella, que mata á su mujer á fuerza de tormentos y que quiere abolir todas las deudas, y á la cabeza de todos ellos, Catilina y Claudio.

En Grecia, los Kleftos, bandidos en tiempo de paz, fueron valerosísimos defensores de la independencia de su patria. En nuestros tiempos, mientras en 1860 el Papa y los Borbones se servían del bandolerismo contra el partido y las tropas nacionales, la guarnición de Sicilia se sublevó con Garibaldi, y la canalla de Nápoles ayudaba á los liberales.

Triste alianza aun no extinguida, según prueba el triste hecho de que se sublevara dicha canalla durante el último período parlamentario, y aun dure hoy la sublevación, sin que se tenga esperanza de mejor fortuna.

Especialmente en los principios de las revoluciones y los levantamientos es cuando abundan los apasionados políticos; porque después, las más anormales y morbosas energías nacen en los indiferentes y los débiles, impulsándolos á cometer los más vandálicos actos por una verdadera epidemia contagiosa de imitación.

Hablando Chenu de las épocas revolucionarias anteriores á 1848, demuestra cómo la pasión política degeneró poco á poco en abierta tendencia al crimen, tratándose de algunos revolucionarios precursores de los actuales anarquistas, contando entre sus jefes, por ejemplo, á Coffineau, que tanto llegó á exagerar los principios comunistas, que concluyó por erigir en principio político el robo: saqueaban las tiendas de los comerciantes, que, según ellos, estafaban á los parroquianos, aduciendo la excusa de que así restituían lo robado y provocaban descontentos, *que luego se unirían á la revolución*. Otros se dedicaban después al saqueo, á emitir billetes de Banco falsos; y llegaron hasta tal punto sus crímenes, que no solamente fueron rechazados por los verdaderos republicanos, sino que en 1847 se les condenó por los tribunales de justicia á infamantes penas.

En Inglaterra, durante las conspiraciones contra el Gobierno de Cromwell, se multiplicaron de un modo asombroso, alrededor de la ciudad, los bandidos y los ladrones, que se unían en cuadrillas, y encubriendo con la pasión política sus intenciones criminales, preguntaban á todo el que cogían si había ó no prestado juramento de fidelidad á la república, maltratándole ferozmente ó soltándole, según fuera su respuesta negativa ó afirmativa. Fué preciso recurrir para reprimirlos á las tropas regulares, que no siempre vencieron en los diferentes encuentros y combates que con ellos tuvieron.

Aun los mismos mantenedores de la revolución francesa constituían una cuadrilla de vagabundos, ladrones y asesinos. Mercier les califica diciendo que eran un ejército de más de 10,000 hombres, que arma en mano cercaban la ciudad, penetrando después en ella, y que cuando comienza la época del terror, presencian en masa todas las ejecuciones, como después presenciaron los fusilamientos de Tolón, y vieron las horcas de Nantes; y Meissner dice que el ejército de los Comités revolucionarios eran "asociaciones organizadas para cometer impunemente todo género de asesinatos, latrocinios y pillajes."

En 1790 fueron conducidos á la *Conciergerie* 490 reos, y en 1791 fueron conducidos 1,198. Los ladrones gritaban: "*Al noble*," si arrestados; burlas al juez, si condenados, y se masturbaban mientras estaban ante el tribunal.

Entretanto viene la *Commune* de París; y en aquella población, decepcionada en sus aspiraciones patrióticas, derrotada en deshonrosa batalla, víctima del hambre y del alcoholismo, no se sublevaron, salvo rarísimas excepciones, más que los criminales, los locos, los alcoholizados, etcétera, que se impusieron por las anormales circunstancias de la ciudad; una prueba del género de gente á que pertenecían los sublevados son los horrores cometidos con inermes é indefensos prisioneros, y los suplicios á que los sometieron, tales como el de hacerlos saltar el muro, apaleándoles durante el salto, y continuando los

golpes á todas horas; el P. Bengy fué destrozado con 69 golpes de bayoneta.¹

No cesaron estas acciones criminales ni aun con las fuertes represiones de los tribunales de guerra: en el mismo París se renovaron durante la agitación anarquista de 1863, en la que, de 33 anarquistas arrestados, 13 estaban acusados de robo; y no mucho tiempo después se reprodujeron en Bélgica, en mayor escala, con los saqueos y devastaciones de los talleres de vidrio, entre cuyos promovedores, de 67 arrestados, se contaban 22 que habían cometido 10 muertes, y 26 condenados por robos y violaciones.

No necesitábamos, en verdad, recurrir á las cifras para probar nuestros asertos. Vemos entre nosotros mismos adoptar la nueva idea á gran número de hombres de ideas avanzadas (sin excluir á los que siguen la nueva escuela penal); pero los vemos también portarse en la vida pública, tal vez un poco exageradamente contra los clérigos, pero de una manera íntegra é intachable (hasta el punto de que yo he predicho su próximo arribo al poder mucho antes que los socialistas); y al mismo tiempo vemos improvisarse en todas las ciudades de Italia sendos tribunales que tienen la palabra fácil y el ingenio vulgar, como vulgar también y poco recta es su conciencia, y que disponen y abusan ilimitadamente de la buena fe de los campesinos; tanto, que hasta entre nosotros el *politician* es sinónimo de bribón, ó por lo menos de intrigante.

¹ Para darse cuenta de la sangre ferozmente derramada al ingreso de la plaza de Vendôme, y de las horribles matanzas de la Roquette, basta leer los documentos históricos sobre el principio y el fin de la *Commune*, publicados por el testigo presencial de tan trágicos sucesos, presbítero M. Lamazou.

CAPITULO III.

EPILEPSIA É HISTERISMO.

La conexión constante de la criminalidad congénita con la epilepsia¹ explica la frecuencia con que se da en los reos políticos lo que pudiéramos llamar *epilepsia é histerismo políticos*.

La vanidad, el misticismo ó exagerada religiosidad, las alucinaciones vivísimas y muy frecuentes, la megalomanía y la genialidad intermitente, unidas á la acometividad propia de los epilépticos y los histéricos, son atributos comunes á los innovadores políticos y religiosos.

“No puede nadie poner en duda—escribe á este propósito Maudsley,—exceptuando los creyentes, que Mahoma debió á un ataque epiléptico su primera visión ó revelación, y que, engañado ó engañador, fué su enfermedad la que le dió el título de inspirado del cielo.”

Yo he citado á un tal R. E. *Uomo delinquente*, vol. II), aborador, estafador y loco epiléptico, que escribía: “Concluyo asegurando que jamás tuve ambición de gobernar un Estado; mas si en cualquier momento el sufragio del pueblo me lleva-

¹ Véase *L'Uomo delinquente*, vol. II, parte 1.^a —Véase también *Delitto politico*, de LOMBROSO y LASCHI, parte 3.^a

Lombroso afirma que la epilepsia no es otra cosa que una descarga ó alivio de ciertos centros corticales irritados. Los trabajos de los fisiólogos modernos han puesto de manifiesto que la fenomenología epiléptica no es más que un efecto de la irritación de las zonas motrices de la envoltura cerebral; así como la alucinación es el resultado de la excitación de los centros sensoriales, la pérdida de la conciencia, el impulso criminal es una descarga de los centros psíquicos superiores, de los lóbulos anteriores. “Un acceso epiléptico—dice también el ilustre criminalista—no es más que una descarga rápida y excesiva de la materia gris, que, en lugar de desarrollar su fuerza gradualmente, estalla por completo y de repente por la causa misma de su estado de *distrofia*. . . . Por la excitación del mismo centro cortical se pueden tener diversas formas de epilepsia. Tendremos, pues, la forma convulsiva, si hay descarga de la zona motriz epileptógena; impulso criminal, cuando la irritación y la descarga se limitan á las circunvoluciones frontales, y todavía peor, si tanto la una como el otro se producen juntamente.” Véanse las actas del primer Congreso de Antropología criminal, páginas 269 y 270.

se al Gobierno, comenzaría desde el primer momento por reformar de abajo arriba la Magistratura.”

En *L'Uomo di genio* hablo también de un epiléptico, estafador, parricida, estuprador y vengativo, poeta no desposeído de mérito, que predicaba una nueva religión, cuyo primer rito era el estupro, y que intentó poner en práctica en las poblaciones que recorría, entre ataques epilépticos.

Otro epiléptico y ladrón quería organizar una expedición á la Nueva Guinea para descubrir isla, con cuyos productos mantendría á Conccapieller; se empeñaba en que le nombraran diputado para cambiar todas las leyes vigentes é introducir el sufragio universal.

El Lanthier del *Germinal*, de Zola, descendía de alcoholizados y degenerados; y de aquí su facilidad para emborracharse al tercer vaso de vino, y su deseo poderoso de matar, que le llevaba en ocasiones á convertirse en vengador de la sociedad. Sólo cuando estaba borracho tenía la *mania de comerse un hombre*.

Zola, sin adivinarlo, ha presentado un caso de epilepsia política.

Pero el más característico caso lo he descubierto en un joven castigado por ocioso y vagabundo, de frente huída y tacto casi nulo, que al preguntarle si le interesaba ó preocupaba la política, me contestaba, atrozmente demudado: “No me la nombre, porque ella es mi desventura; cuando ocupado en el trabajo de barnizador, acude á mi mente la idea de la reforma política, y de ella hablo con mis compañeros, me atacan vértigos, pierdo la vista y caigo sin sentido á tierra.” Y á continuación exponía todo un sistema de reformas prehistóricas; supresión de la moneda, de las escuelas, del vestido, cambio del trabajo de cada uno por el de los demás, etc., etc. En estas lucubraciones consumíase su vida; y en suma, estaba atacado de una verdadera epilepsia política. Las convicciones y la voluntad no le faltaban; mas le faltaba la decisión, el carácter. Dadas estas condiciones, es seguro que en una época pro-

picia de la vida de un pueblo, hubiera podido ser un reformador de las leyes y las instituciones, sin que nadie hubiera notado su criminalidad y su epilepsia.¹

Al llegar aquí recordamos que entre los 15 anarquistas arrestados en Nápoles, el más fanático, el tipógrafo Felico, acusado doce veces de asesinato frustrado, huelguista y difamador, es epiléptico.

Es muy probable que pertenezcan á este género el M. . . . estudiado por Zuccarelli, y Caserio; está comprobado que el padre de este último era epiléptico.

MONGES.—Ignacio Monges, de treinta y ocho años, arrojó una piedra robada, á lo que parece, en un museo, contra el general Rocha, presidente de la República Argentina, hiriéndole gravemente en la cabeza. Tiene estatura regular (1,67), constitución vigorosa, temperamento neuropático, cutis moreno, pelo abundante, negro y ligeramente crespo; barga negra, y ojos también negros, aunque algo más claros; frente ancha y huida; cráneo medianamente desarrollado, braquicéfalo lige-

¹ Véase la *Seconda centuria di criminali*, 1885.—F. A., de treinta y siete años, piamontés, su padre loco y su madre muerta de tisis, un hermano lipemaniaco, de profesión barnizador, 1,72 metros de estatura, 71 kilogramos de peso, con dos cicatrices en el occipucio, y una herida en el cuello, causada en una tentativa de suicidio; cráneo braquicéfalo, índice 88, cap. cr. 1,602, frente huida, ojos extraviados, orejas en forma de asa, zurdo y de obtusa sensibilidad, dando en la narria de Dubois-Reymond un dolor de 55 á derecha y 60 á siniestra; estesiómetro, 3,1 á derecha, 2,2 á siniestra; reflejos rotúleos exagerados; dinamómetro, 30 á siniestra, 34 á derecha; ligera depresión en el hombro derecho; bradifasia; de sentimientos afectivos normales; muy amante de la mujer; poco religioso; incapaz de leer periódicos, porque la lectura le produce vahidos y cefalea; propenso á vértigos, que á menudo le hacen caer por tierra. A los trece años muy dado á la masturbación; á los diez y seis comenzó á frecuentar los lupanares.

Fué condenado por embriaguez primeramente; después por hurto de dos liras á su patrón, que se gastó en bebidas, y no cree que delinquirá, porque le daban un mezquino salario.

Interrogado sobre la índole de sus reformas, contesta: "Nadie debe tener dinero, todos deben trabajar muy poco; atender á las necesidades por el cambio de productos; supresión de todo vestido, excepto un pañuelo para cubrir las partes genitales; supresión de toda ley; habitar en cabañas ó chozas." Quiere la absoluta libertad de matrimonio, ó mejor, de concubinato con cualquier mujer; abolición de las escuelas y de los sacerdotes, valiéndose para suprimirlos del fusilamiento, mas respetando á todo el que quisiera trabajar. Después, contradiciéndose, quiere que quedara uno por cada parroquia; á los señores despojarles de sus bienes y obligarles á trabajar para mantenerse. "Todo esto—concluía diciendo—es de tiempos pasados, y yo quiero restablecerlo." (*Archivio di psichi*, 1889).

ramente oblicuo, con plagiocefalia izquierda anterior; cara larga, cigomos prominentes, boca grande, labios gruesos y vueltos hacia fuera; algunas cicatrices antiguas en la cara, dos de ellas causadas en caídas por los ataques epilépticos.

Su sueño es corto y alterado por ensueños tristes y espantosos. Pulso fuerte y frecuente; sistema muscular bien desarrollado, aunque ligeramente tembloroso. La fuerza, medida en el dinamómetro, ha dado 70 kilogramos para la mano derecha y 650 para la izquierda; es zurdo, y posee una fuerza muy notable. La piel es poco sensible; no tiene alucinaciones ni ilusionismos.

Respecto á su vida, cuenta él mismo lo que sigue: ha nacido en la provincia de Corriente, y es hijo natural; conoce al padre y á un hijo de éste que tiene diez y ocho años; los dos están perfectamente sanos. A los quince años entró en un colegio, donde recibió una educación elemental; tomó parte en todos los movimientos revolucionarios de su país, mostrándose apasionadísimo de su partido, hasta 1874, en que le prendieron y fué desterrado. Se trasladó al Uruguay, donde fué despojado en negocio por las autoridades brasileñas, y en esta ocasión se resistió á la fuerza armada, hiriendo buen número de militares y resultando él herido en la frente; después se presentó al Ministro de Negocios extranjeros pidiéndole reparación. Desde aquel momento abandonó con mucha frecuencia sus ocupaciones, por los frecuentes accesos epilépticos que le atacaron á los veinte años, después de una caída que le ocasionó una herida en la cabeza.

Preguntado por los móviles de su atentado, dice que no le impulsó ninguna idea criminal preconcebida; estaba presenciando la apertura de la Cámara, y excitado por el espectáculo de las tropas formadas, hizo grandes esfuerzos para penetrar dentro, logrando hacerlo; al ver entrar al general Rocha concibió la idea de matarle: al preguntársele si sintió el impulso criminal antes ó después de ver á la víctima, se pone furioso é irascible.

Es de humor melancólico, hipocondriaco. A los pocos meses de estar en la cárcel pegó de puñetazos á un preso, tirándole al suelo; ahora le dan algunos ataques convulsivos, manifestándose su ira en una manía impulsiva.

VAILLANT.—Vamos á estudiar ahora, entre los histéricos, el caso más recientemente sucedido: el de Vaillant. Al contrario de Pini y Ravachol, Vaillant no tenía ningún rasgo de criminal en la fisonomía, como no le tenía Henry, salvo, sin embargo, las orejas exageradamente grandes y en forma de asa; pero Vaillant era histérico y esto está probado por su gran sensibilidad hipnótica, tan extraordinaria que le hace caer en profunda catalepsia apenas alguien le mira con fijeza.

El odio natural de los partidos, y la tendencia de los procuradores á recargar las tintas, le han pintado como un vulgar malhechor; mas para mí es un hombre desequilibrado, con algunos levisimos indicios de criminalidad en la infancia y en la juventud, pero que es más bien un apasionado fanático que un nato delincuente.

En cuanto á herencia, no conozco más que su origen inmediato: es hijo de un amor culpable y de padres degenerados y viciosos.

Otra causa modificativa de su carácter es el infortunio, que le ha perseguido, y lo infeliz de su vida. Educado en la estrechez y hasta en la miseria, tuvo más tarde que sacar del oficio de zapatero lo preciso para vivir, y se hizo desde entonces un *revolté*. Después abandonó el taller de zapatería, y fué sucesivamente peletero, *courtier d'épicerie*, y maestro de francés.

Siempre estuvo pobre, y fué impulsado á obrar por la miseria, ó á lo menos por la desproporción entre su situación y la que ambicionaba; entre su estado y la muerte, prefería ésta. El lo confiesa:

“Pourquoi avez-vous faits cela?”

“La société m'a forcé à le faire. J'étais dans une situation misérable. J'avais faim. Je ne regrette qu'une chose: *ma gausse*.”

Mais c'est égal, je suis content, et on fera bien de me guillotiner; je recommencerais dans huit jours.”

La gran movilidad y la inestabilidad propias de los histéricos se demuestra en Vaillant, lo mismo por los frecuentes cambios de oficio, que por la variación operada en sus convicciones. Estuvo educado por sacerdotes, y de fanático religioso tornóse fanático socialista. Más tarde, cuando no pudo formar entre los socialistas, convirtiéndose al anarquismo. Mas lo que en él domina, sobre todo, es la vanidad. El grafólogo que miró su firma, se convence al punto de que la vanidad, el orgullo y aun la indomable energía, son las notas dominantes de su carácter; su gran T y su escritura ascendente son elocuentes pruebas de ello.¹

Sin esperanza de reformar el mundo con un libro, cree poderle cambiar con una bomba arrojada en el Parlamento; y antes del golpe corre á retratarse, y distribuye los retratos allí donde puede, y apenas le arrestan, está anhelando que los periódicos reproduzcan su fisonomía.²

Siempre fué exagerada y apasionadamente altruista, como se ve en un discurso suyo, del que reproduciremos más adelante un fragmento.

CAPITULO IV.

LOCOS.

No faltan tampoco los impulsados á obrar por la locura; tales fueron Nicolás de Rienzo, en el Canadá, y Riel.³

M. Du Camp y Laborde recuerdan á Gaillard, hidrocéfalo, zapatero de oficio, director general de las barricadas, y hasta

¹ La ciencia grafológica, ideada por el abate Michon, y desenvuelta más tarde por Crepiense Jamin, Alejandro Dubois y otros, ha alcanzado en estos últimos tiempos un considerable desarrollo, con las muy curiosas observaciones hechas por distinguidos adeptos. Recomendamos, entre otros, la lectura del interesante libro de la Srta. Sara Oquendo (*Arsene Aruss*), titulado: *La grafología simplificada; arte de conocer el carácter de las personas por su letra: teoría y práctica*.

² *Revue des Revues*, 15 Febrero 1894.

³ Véase *L'Uomo di genio*, parte 4ª.